

1970

## Comienza una nueva década

*E*n El Tigre, ciudad del Oriente venezolano, bulliciosa, dinámica y de espíritu moderno, vive Margarita Portal. Su casa se encuentra a varias cuadras de la plaza Bolívar. Es muy bonita, en la entrada tiene dos jardincillos con muchas flores hermosas. Por dentro es bastante atractiva, muy bien decorada y adornada, todas las cosas están dispuestas con el mayor cuidado. En ella no falta nada de lo que una niña como Margarita pueda desear.

Margarita es una hermosa muchachita de diez años de edad, tiene una larga cabellera color castaño claro y su piel es casi blanca. Es poco aplicada a sus estudios, desde hace poco; es muy mimada, claro es hija única. Pero Margarita no se siente feliz, pues lleva una vida vacía y nadie se la sabe llenar sencillamente porque no se dan cuenta de lo que le sucede.

Nuestra niña estudia en un colegio de monjas y en tiempo de clases se siente mejor, aunque no bien del todo. Ya estaba en víspera de vacaciones. Tan pronto terminaran sus clases, su vida se convertiría en un tremendo fastidio que la ahogaría y la sumiría en la más pesada flojera. Ya se acercaba la Navidad y, como a todos los niños, eso la llenaba de ilusiones.

Poco antes de llegar las esperadas vacaciones, le dijo a su madre.

—Mami, yo quisiera pasar esta Navidad con abuelita.



*Rosy*

Su madre se extrañó enormemente y un tanto nerviosa le respondió:

—¡Hija! ¿Pero qué dices? Tú sabes que eso no puede ser.

—¿Por qué, mami? —insistió la niña—. Me llevarás con ella, anda, ¿sí?

—Margarita, mi amor, tú sabes que ella no está aquí. Ella está allá, en el Paraíso.

— ¡Mentira! — gritó la niña —. Ella está en Caracas.

Luego corrió a su cuarto y se encerró a llorar dejando a su madre en el más absoluto desconcierto.

Llegaron las vacaciones el 15 de diciembre. Aparte los domingos, Margarita pasaba todo el tiempo metida en su casa sola. Su madre es enfermera y siempre tiene que ir al hospital a trabajar; su padre, como es lógico, pasa también todo el día trabajando y raras veces viene a la hora del almuerzo. La única que queda en la casa, en compañía de Margarita, es Sonia, la mujer de servicio, quien con sus tareas no tiene mucho tiempo para dedicarlo a la pequeña.

Su primer día de vacaciones no tuvo nada de especial. Lilia, su madre, se levantó muy temprano, con cuidado de no despertar a su hija. Antonio, el padre, hizo otro tanto y ambos se fueron juntos en su carro. La señora se quedaba en su trabajo, después que su esposo la dejaba y él continuaba al suyo.

Sonia se había entregado desde muy temprano a su diaria rutina con sus quehaceres de siempre. Margarita se levantó un poco más tarde de lo acostumbrado, pues es muy pesada de sueño. Sonia le dio los buenos días y le dijo algunas palabras a las cuales no prestó atención. Se hizo el aseo y después tomó su desayuno con pereza. Muy contenta se dijo: “ahora voy a jugar con mis muñecas”. Sacó todos sus juguetes y se fue a jugar al jardín. Allí pronto se aburrió, esas cositas no la alegraron del todo; las ponía de muchas formas y no lograba abstraerse por completo en sus juegos. De pronto presta atención al bullicio que forman los niños de su vecina y se siente atraída por ellos. Se acerca hasta la tapia y la trepa. Aquéllos jugaban entre sí, bochinando,

correteando, haciendo muecas graciosas, riendo, llorando. Margarita los miró y se rió, los llamó y les preguntó:

— ¡Eh! ¿Puedo jugar con ustedes?

Los niños asintieron y Margarita bajó la tapia y se mezcló en el bochinche de ellos. Se divirtió un rato. Pronto se le acabó esa alegría porque Sonia, que parecía no darse cuenta de nada, ahí mismo la fue a buscar, se la trajo y le dio un regaño. Su madre le tenía prohibido salir sin consentimiento suyo cuando ella no estuviese.

Nuestra niña se enojó con Sonia y arrugó el ceño característico cuando estaba rabiosa. No quiso entrar y se quedó en el porche, como signo de rebeldía, para pasar su enojo. Se tendió en el piso y murmuraba cosas a solas.

— Qué bueno es cuando abuelita está aquí.

Allí comenzó a fantasear e imaginar cosas. Recordaba las veces que su abuela le contaba cuentos, le hacía chistes y la llevaba a pasear a la plaza a tomar el frescor de la brisa entre la grama y los árboles y se sentaban en un banco a mirar la gente, los carros y muchas otras cosas que llamaban su atención. Luego de un rato se levantó bruscamente y se dirigió al portoncito de la calle y dijo: “por allá queda la plaza, pero de aquí casi no se ve”. Después entró a la casa y se dirigió a su única acompañante:

— Sonia, vamos para la plaza.

— ¿A la plaza Margarita? ¿Ya no estás brava conmigo?

— ¡Ay, Sonia! Ya se me pasó.

— Cuánto lo siento Margarita, pero ahora no puedo, tengo mucho que hacer.

— Tú siempre tienes que hacer. Está bien. ¡No vayas!  
La niña se fue refunfuñando a la sala, se sentó en un mueble y se puso a murmurar.

— Cuando venga papi le diré que me lleve a la plaza.

Mientras seguía fantaseando, tomó unas cuantas revistas y se puso a hojearlas, miraba las estampas navideñas y las figuras. Para interrumpirla sonó el teléfono y muy presta lo atendió.

— ¡Aló!

— ¡Hola hija! Soy tu papá.

— ¡Hola papi! Bendición.

— Dios te bendiga hija. Oye, ¿está Sonia por allí? Le dices que no me guarde almuerzo, pues comeré fuera hoy.

— Entonces no vas a venir, ¿por qué?

— No te preocupes hija, es sólo por hoy. ¡Chao cariño!

— ¡Espera papi!

— Dime.

— Este... Nada. ¡Chao!

Bueno, esto causó otro malestar a nuestra aburrida niña. Ya no iría a la plaza a pasear y por lo tanto no habría nada con qué desplazar ese tedio. Se alejó de la sala dejando allí desordenadas todas las revistas. Caminaba siempre abstraída, sin saber nunca lo que iba a hacer. Sintió hambre, se dirigió a la cocina y abrió la nevera.

— ¡Oh! Tengo hambre — dijo bostezando —. A ver, a ver qué hay de comer. ¡Hum! Queso, no; jamón, no; refresco, ¡no! — gritó —. Mejor comeré un poquito de gelatina.

En la nevera había muchas cosas y la pequeña las fue sacando una por una y dejándolas sobre el mesón

que estaba al lado de la nevera. Sonia, que estaba de espaldas, distraída, aliñando sus comidas, se volvió al escuchar el grito.

— ¿Qué es lo que pasa? —interrogó en alta voz—. ¿Qué haces con todo eso ahí?

— Nada chica —respondió Margarita en tono despectivo—, que quiero comer gelatina.

— ¿Y para comer gelatina tienes que hacer todo ese desastre? —dijo Sonia enfadada, mientras tomaba un pequeño tazón y lo llenaba de gelatina y casi le grita—: ¡Toma! Anda a comer para el comedor.

Sonia se quedó murmurando, apurada, acomodando los alimentos en la nevera. Margarita se fue al comedor, probó solamente dos bocados de gelatina y luego echó el tazón hacia adelante, lejos de sí. Apoyó un codo sobre la mesa y la cabeza sobre la mano, de este modo, en actitud pensativa, miraba hacia las paredes y hacía muecas. Después que se cansó de estar así, se dirigió a su biblioteca y tomó un libro de cuentos, su preferido, y mientras lo hojeaba iba diciendo en voz alta el título de cada uno de los cuentos que estaban en aquel libro.

— *El patito feo, Cuento de Navidad, El pájaro azul,* etc.

Todos cuentos famosos de la literatura infantil universal, hermosas historias para llenar la fantasía siempre soñadora de cualquier niño, pero a nuestra niña, que estaba cansada de leerlos, ya no la ilusionaban y por eso, antes de terminar de hojear el libro, se quedó dormida un rato sobre la mesa. De pronto, sonó el timbre de la puerta y el ambiente de la casa pareció cambiar para Margarita.

Muy alegre se dirigió hacia la puerta y abrió, cuál no sería su sorpresa al ver quién había llegado.



— ¡Abuelita! — exclamó — . ¡Abuelita querida!  
Su abuelita había llegado, su cariñosa y dulce abuelita. Margarita le dio un fuerte abrazo y su abuelita, que la quería mucho, también la abrazó y le dio un beso en la frente. Margarita la invitó a entrar y juntas se sentaron en el sofá de la sala. En seguida notó algo raro y extrañada preguntó: